

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 40.

Sevilla.—Viernes 16 de Febrero de 1900

AÑO XXIV.

La última bofetada

Con ser tan triste la jornada parlamentaria del viernes de la pasada semana, nos ha llenado de contento y de alegría el provocador desplante de Villaverde y la amenaza ridícula del más cobarde y ladino de nuestros políticos.

Le faltaba un voto al Gobierno para no resultar derrotado en una cuestión gravísima, declarada previamente de gabinete, y para salvarse cogió el prestigio presidencial y lo arrojó a las furias del circo para que se hundiese la más alta respetabilidad del sistema: la presidencia de la Cámara, y en pos de ella iban campanilla, reglamento, autoridad, en confuso tropel con el cuerpo inanimado del sistema parlamentario.

Ni ley, ni costumbre, ni autoridad, ni nada, respetaron los hombres del banco azul, sacrificándolo todo a mantenerse en el poder; y después de todo, ¿para qué? ¿No es preferible que el Sr. Silvela, que tan arrogante se presentó después, no hubiera arrojado el prestigio presidencial para hacer las declaraciones que hizo?

Evidentemente. Pero estos doctrinarios son así. Aceptan el régimen mientras sumiso responden a sus caprichos; pero cuando vuelve por sus fueros, entonces le decapitan en la plaza pública con escándalo y aparato.

—Si me derrotan, no me iré—repetía en tono destemplado y provocativo.—No hay quien me sustituya; no hay nadie capacitado para recoger mi herencia. Yo soy el único ministro posible, y no hay más que tragar este Gobierno.

Ya lo saben las minorías parlamentarias. No se esfuerzan en sumar votos y en presentar batalla al Gobierno: si triunfa el poder, continúa; y si nó, seguirá también al frente de los destinos públicos. Ya lo sabe el país: Gobierno derrotado en el Parlamento puede seguir gobernando contra la voluntad del pueblo, siempre que cuente con otros poderes y otras confianzas.

Siempre fué lo de menos en España la opinión pública; pero cuando un Gobierno sufría la más ligera contrariedad parlamentaria, surgía inmediatamente la crisis, provocando la cuestión de confianza. Esas antiguallas pasaron de moda. Ahora los Gobiernos viven el tiempo que quieren, y se marchan cuando se les antoja. Después de todo, es mejor así, porque esto hará decidir a los indecisos, excitará a los débiles y demostrará a los indefinidos que hay que emprender un nuevo camino; que hay que procurar destruir este régimen de ficción y de mentida libertad, substituyéndole por otro más adecuado a las exigencias modernas, capaz de garantizar todas las libertades, en el que el poder ejecutivo no se sobreponga al verdadero soberano.

El Sr. Silvela pretendió hacer bofas con la Verdad, y ha resultado que estaba unido en maridaje incestuoso con la Hipocresía, con la Ficción y con el Egoísmo; y así obra.

Pretendió también este político vivir la vida de la libertad, y ha entronizado la reacción de un modo tan ladino, que muy pronto habremos de ir acompañados de la cédula de comunión si no queremos que los esbirros del Santo Oficio nos vapuleen en la calle.

Llegó a ofrecer autonomías rayanas en separatismos, y oprime con pesada mano al que habla de regionalismo. Parlamentario afortunado, que todo lo debe al régimen, se impone al Parlamento.

No puede ser. Cuando se trata de salvar algo que se coloca por encima de todo interés nacional, tiene que suceder siempre lo mismo. Silvela, Sagasta, todos, todos los que dirijan los destinos públicos, subsistente el régimen, obran lo mismo y proceden de igual suerte. La Constitución es letra muerta. La ley es algo que se aplica si conviene a los intereses del Gobierno, y que se vulnera si decide contra lo que el poder quiere. Parlamento, juego de cubiletes, manejados por el poder ejecutivo, que se exhibe para que nos demos tono, pero que no sirve para nada, porque hay algo superior: hay una voluntad que está muy por encima de él.

Ya no caben, pues, términos medios; la cuestión se ha colocado en un terreno gravísimo. Ó con el régimen, renunciando al honor, a

la dignidad y al decoro nacionales, ó contra el régimen, para salvarlo todo.

Ni el pueblo; ni las Cámaras de Comercio y clases agrícolas; ni la Unión Nacional y Liga de Productores; ni los elementos neutros y los políticos de buena fé, pueden seguir esperando, ni el honor puede aguantar otra nueva bofetada en el rostro.

Perdimos colonias, honra y dinero. Fuimos vergonzosamente vencidos por sostener el régimen, y callamos. Se ametralló al pueblo cuando quiso protestar pacíficamente, y callamos. Después del desastre, se apeló al bolsillo; nos desbajaron y callamos también. Se conservaba aún ese resto, ese último baluarte de la libertad, aunque débil y poco resistente, y parecía como la última esperanza para redimirnos y conquistar el terreno perdido; pero á ese le decapitó violentamente el Sr. Silvela el viernes pasado, encargando de su ejecución a la suma de todos los prestigios: al mismo presidente. ¿Callamos también? Confío en que, al fin, se ha de levantar una voluntad enérgica, capaz de recoger lo que nos queda, para dar el empujón decisivo y elevar la tribuna española sobre las ruinas del poder caduco que ha tratado de anularla oponiéndose á sus determinaciones.

Tienen la palabra todos los liberales y los hombres independientes.

A. A.

Murmuraciones

Los pueblos andan revueltos por la próxima elección de un diputado en Utrera y demás circunscripción.

Se alquila gente que chille, se rebuscan oradores, se compran las influencias, se contratan escritores.

Y en el próximo domingo, el día de la elección, se esperan grandes tormentas, y palos y algún chichón.

Anoche se celebró en Utrera un mitin para recomendar al pueblo la candidatura del señor Marqués de San Marcial.

Acudió á dicho mitin multitud de oradores de esta ciudad y de los pueblos que corresponden al distrito electoral de Utrera.

Entre los oradores estaba el Sr. D. Estanislao D'Angelo, quien se presentó diciendo con la mayor franqueza:

—Señores: Yo soy un republicano vestido de monárquico....

Si yo estoy allí, con seguridad que le interrumpo diciéndole:

—Desmítate, Estanislao, que esa ropa es vieja y se te ven las carnes.

En Gordiña, allá en Coruña, aparecieron dos lobos á dos hombres que marchaban por la carretera solos.

Y en vez de gritar temblando, y á grandes voces, ¡socorro!, ambos, con los azadones, que los llevaban al hombro, á este quiero, á este no quiero, dieron cuenta de los lobos.

Así los pueblos debieran proceder en los negocios que afectan directamente para el bienestar de todos: descargar los azadones y no andarse con embrollos, y machacar la cabeza de aquellos lobos furiosos, que unas veces piden *botas*, y otras veces piden *votos*.

En Jerez de la Frontera se han peleado dos canónigos dentro del recinto de la Catedral.

El *Demócrata* de aquella ciudad lo relata del modo siguiente:

«Pues bien, apesar de sus prebendas, no deben estar muy satisfechos, ni reina entre ellos la mejor armonía, cuando días pasados, y en plena sacristía, dos de buena lámina y atléticas formas armaron la de San Quintín á la hora de las vísperas, que por poco no se convierten en las segundas sicilianas.

Dicen los curiosos que nos refieren el caso, que era de ver cómo corría el canonigazo detrás del otro canonigote, pistola en mano, sin deponer su furia ni ante los torrentes de armonía del hermoso órgano—apesar del proverbial

bestia cantus flectuntur—ni ante la imponente figura de Nuestro Señor del Gran Poder, ni mucho menos ante la colosal del San Cristobalón, que en uno de los altares se halla, y que, con su palmera á guisa de bastón, parecía indicarles: «¡Aquí no hay más guapo que yo!»...

Por fortuna, el lance no tuvo funestas consecuencias, pues la presunta *canonicida* pistola no dió fuego, quedando todo reducido al susto de algún que otro devoto *flaminizable* y al escándalo consiguiente.

Como desconocemos los móviles que hayan dado lugar á este nuevo *sport canoniguero*, nos preguntamos:

¿Qué peseta, mujer ó botella, habrán sido la causa de semejante extraordinaria corrida?»

Alguna confesanda en estado interesante. Quiero decir: en estado de ser catequizada para que costee alguna remesa de placas del Corazón de Jesús.

Y habría aquello de: —A mí me corresponde, y nadie más que yo es el encargado de abrirle las puertas de la Gloria.

—Padece usted una equivocación. Yo ya la he perdonado varias veces, y la tengo salvada de caer en la tentación. Y todo ello lo más económicamente posible.

—Pues no....

—Pues sí....

Y enseguida mano á las pistolas, ¡que son las armas más usuales entre los ministros del Señor!

Las llevan siempre al cinto por si hay necesidad de prestar los últimos auxilios espirituales.

Espirituales... de 50 grados.

Dicen de Barcelona que....

«En una habitación de la calle del Conde del Asalto, disputando un matrimonio, el esposo enfurecido hirió gravemente con un hacha á su esposa, infiriéndola nueve heridas.

El agresor, antes de ser detenido, arrojó á un pozo el hacha.»

Vengo observando, desde hace mucho tiempo, que así como, entre los andaluces, la navaja es su mejor compañera, los catalanes y los valencianos se dedican al hacha.

¡Ya necesitarán bolsillo!

Habla un católico de *El País*:

«Digamos de una vez que creemos en el dogma todo entero, en el dogma oficialmente definido por la Iglesia; pero no el dogma creado por esos católicos nuevos (neo católicos) de Levita, cuyos artículos son: Primero, el reinado temporal del Papa como rey terreno, por lo menos en una nación del globo; segundo, la imposición de la fé por la fuerza y del cumplimiento de los deberes por ella mimados; tercero, la dirección por el sacerdocio de la política; cuarto, la vida del alto sacerdocio lleno de privilegios irritantes, sin los cuales vivió muy bien en los tiempos más gloriosos de la Iglesia; quinto, el despotismo autoritario en política; sexto, la pena de muerte y la del tormento; séptimo, el desequilibrio jerárquico en la Iglesia, dominando en ella el clero monástico, sobre el único de institución divina, que hoy llamamos impropriamente secular; octavo, un misticismo exagerado que pretende absorber todas las manifestaciones de la vida enervando energías y afeminando á los pueblos; noveno y último, una infalibilidad é impecabilidad ficticia é imposible del sacerdocio alto, que no es la infalibilidad de la Iglesia que ésta enseña y ha definido.»

Como cada cual expone su opinión, y este señor expone la suya diciendo que no cree en lo último que dice, pero que en lo primero sí cree, yo quiero hacer constar también mi opinión.

Y es:

Que no creo ni en lo primero ni en lo segundo; ni en lo oficial, ni en lo extraoficial.

Yo no le doy la *coba* á nadie, y enseño mi cara como es:

Cara de judío.

Un periódico sesudo dice muy serio que debe vulgarizarse en discursos por todas partes la higiene.... Está muy bien, amiguito; pero no falta quien cree que debe vulgarizarse, con un precio conveniente, el jabón de todas clases mucho antes que la higiene. Primero, el trigo barato; luego vendrán los pasteles.

Lean ustedes lo que nos cuenta un periódico de la capital:

«Varios concejales de este Ayuntamiento presentarán una moción en el cabildo próximo pidiendo se acuerde la impresión de mayor

número de carteles anunciadores de los festejos, PARA PONERLOS Á LA VENTA por el precio de su coste. Así se evita el continuo clamor de los que á todo trance quieren obtener un ejemplar de aquéllos.»

¡Aprobado! Pero que hagan lo mismo con el carbón, para que el vecindario pueda surtirse también económicamente.

De cualquier manera, la Casa del pueblo está ya á la altura de una carbonería.

¡Se mete en ella á vender favores quien no sirve ni para vender altramuces!

CARRASQUILLA.

Hipocresía y fariseísmo

La farsa política y religiosa sigue en auge. Cada vez se hacen más alardes de ideas y de sentimientos que no se tienen.

Causa repugnancia contemplar el estado de ánimo en que este pueblo se encuentra.

La hipocresía y el escepticismo se extienden como lepra que infesta la sociedad actual.

Nunca como ahora, bajo la influencia del jesuitismo y la mogigatería que se ha esparcido por España y domina la conciencia de todas las clases sociales, se han observado en nuestro país síntomas tan alarmantes de rebajamiento moral, signos tan característicos de cobardía, alardes tan descarados de indiferencia para todo y hacia todo.

Hubo un tiempo en que las luchas de la política, el choque de las contrapuestas ideas, las controversias doctrinarias, tenían de una y otra parte el calor y el entusiasmo de la sinceridad; cada cual hacía sin temor ostentación de sus verdaderas ideas y creencias, y las sostenía en todas partes con la arrogancia y el vigor que dan las convicciones cuando están profundamente arraigadas en el alma.

Podría haber, y lo había sin duda, aberraciones y fanatismos en uno y otro campo de combate; pero, por lo menos, si la inteligencia de las gentes estaba perturbada por el error, en el corazón conservaban la firmeza de sentimientos.

Había menos farsa, menos hipocresía, más verdad y nobleza en la lucha, más sinceridad y entusiasmo en la defensa de los ideales.

Los enemigos vencedores inspiraban odios profundos, vehementes deseos de venganza y represalias, y los vencidos conmiseración y lástima; pero hoy los contrarios sólo se inspiran asco y repulsión, y esto expresa el concepto en que unos y otros se tienen.

Al enemigo que se teme y se odia, es porque se le considera fuerte y digno de una pasión enérgica; al que sólo causa repugnancia, tiénesele por vil y despreciable.

Esto es lo que ha sucedido entre los elementos antagonicos que combaten actualmente en España por las ideas políticas y religiosas.

Han llegado á causarse mutuamente el más desdeñoso desprecio. Cada uno de los dos bandos contrarios ha llegado á avergonzarse de la impotencia física y el rebajamiento moral del otro.

Y es porque ni uno ni otro emplean los elementos de lucha con toda la fuerza y el tesón propios de contrarios que aspiran á vencerse de veras. Empléense sólo las armas del ridículo, de la burla, de la palabrería insustancial y hueca.

No ha habido ni hay vigor y entusiasmo en uno y otro campo para darse la batalla en regla y librar con ella el combate decisivo, porque unos y otros carecen de fé, no sienten amor por sus ideales, no tienen las convicciones arraigadas; son la mayor parte escépticos é hipócritas que sólo hacen alarde de las ideas y las creencias que les cuadran mejor para sus medros y conveniencias particulares.

Estamos actualmente bajo la presión enervante de un convencionalismo hipócrita y jesuítico que se ha extendido por todas partes inundándolo todo.

De poco sirve que en medio de este extensísimo campo de rebajamiento y podredumbre moral se eleven unos cuantos espíritus sanos que luchan y se afanan por purificarlo; no lo conseguirán; concluirán por confundirse con la

corrupción general, ó por ahogarse en el ambiente letal que les rodea.

Sólo las impetuosas ráfagas de una tempestad violenta podrán purificar la atmósfera envenenada por la hipocresía y el farisismo político y religioso en que este pueblo se está asfixiando.

JOSÉ CINTORA.

EL HONOR

III

El 8 de Enero de 1841 fué promulgada una ley contra el duelo; ésta fué en Bélgica. Las penas que pronuncia esa ley humanitaria son severas, y según los casos, llegan hasta cinco años de prisión.

En Francia, en Italia, en España y en otras naciones, existen también leyes prohibitivas contra el duelo, pero no parece sino que la prohibición reza solamente para aquellos que nunca pueden infringir la ley, por pertenecer á las clases llamadas inferiores, ó á los pacíficos, que, sin ser cobardes, tienen el valor de reconocer sus yerros, y reconciliarse sin obedecer á la imperiosa necesidad de herir ó matar al que han ofendido, ó hacerse por él.

Lo que voy á referir no es cuento, es historia: la mayor parte de los personajes que en ese drama desempeñaron algún papel, viven aún.

Podrían ser las seis de la tarde del mes de Mayo de 189..... cuando el teniente de caballería Mr. Adrien, de guarnición en Saint Mihiel, (Francia), se paseaba por las orillas del Mosa con una carta abierta en la mano; parecía nuestro joven oficial embargado por una alegría que sentía no poder comunicar á alguien; á la vuelta de un sendero vió, sentado al pie de un árbol, una persona que parecía abismada en la lectura de un voluminoso libro.

Era el lector ensimismado un médico militar llamado Lebrun, paisano y amigo íntimo del oficial, el que, al reconocerle, se acercó, y golpeándole familiarmente en el hombro, le dijo:

—¡Con cuánto placer le encuentro aquí, querido Lebrun!

El aludido se levantó bruscamente, sorprendido por esa interrupción; pero al conocer á su amigo, dijo sonriendo:

—¡Hola, querido amigo Adrien! ¿Qué hay de nuevo?

—¡De nuevo! Una carta del pueblo; todos los de casa, buenos, y en la de usted también; usted sabe que cada vez que mi viejo me escribe hay alguna carilla para usted. Su padre de usted está bien; su prima Marie se casa con un ingeniero de Nancy, es un buen casamiento; en fin, ¡buenas noticias!

—Yo ya sabía todo eso—dijo el joven doctor.—Anteayer recibí una larga carta de mi padre; pero no por eso dejó de agradecerle sus buenas noticias.

Adrien se sentó al pie del árbol para echar un rato de conversación con su amigo de la juventud, á quien miraba con cierto respeto, por ser, apesar de su poca edad, un sabio en su arte, aunque ridiculizado por algunos sprits forts, por las ideas filosóficas que profesaba.

—Y qué, ¿siempre filósofo, amigo Lebrun?

—Sí, siempre. Y no me va mal con mi filosofía; pero, á propósito, tengo algo que decirle que no le va á gustar.

—¿Qué es ello?—preguntó el joven oficial ansiosamente.

—¿Sabe usted la noticia de la desgracia acontecida á nuestro paisano Lerroux?

—¿Al hijo del propietario de La Jotiette?

—¿Teniente en el noveno de Coraceros?

—¡Sí, precisamentel

—No sé una palabra, doctor, y le agradeceré me lo cuente.

—¡Ay, amigo! Nuestro paisano ha tenido una gran desgracia.

—¡Hable usted, me tiene inquieto! ¿Qué le puede haber pasado, él tan bueno, tan prudente?

—Hé aquí la cosa—dijo el doctor.—Nuestro paisano Lerroux es lo mejor de lo mejor, incapaz de faltarle á nadie en lo más mínimo; era gran amigo de un joven oficial de Lyon, llamado Jaquard; pero como casi siempre, una mujer fué causa de que sus relaciones se enfriaran; los dos la amaban; llegaron á cuestionar, y en un momento de olvido, quizá de despecho ó de amor propio, el lyonés, en una discusión, dirigió á Lerroux la palabra fatal, palabra que ha costado la vida á tantos nobles corazones; ¿usted me comprende, Adrien?

—¡Dios! ¿La palabra cobarde?

—Sí, la palabra: esa palabra que nos hace una ley de verter la sangre de nuestros mejores amigos.

—¿Y se batieron, doctor?

—Sí. Sin embargo, una hora después de las cuestiones de palabras, se habían abrazado, y el lyonés había deplorado su lamentable error y obcecación de un momento.

En el Transwaal

Ya no podrán los generales ingleses tratar de justificar sus descalabros diciendo que es imposible derrotar á un ejército que dispara á mansalva, oculto en posiciones que por su naturaleza abrupta son casi inexpugnables.

Hasta la fecha, la muletilla del generalato británico que manda las distintas divisiones

del Cabo y del Natal, ha sido esta: «La naturaleza del terreno ha impedido á nuestros soldados maniobrar holgadamente... El enemigo, parapetado tras de vericuetos inaccesibles, no ofrece nunca blanco á nuestros artilleros.» Y tras de estas disculpas parecía entreverse una amenaza terrible. «¡Ay de vosotros, boërs desarrapados, cuando os cojamos en el llano ó cuando seáis vosotros los que tratéis de escalar nuestras trincheras!»

El movimiento ofensivo de la tropa orangista de Delarrey ha proporcionado á los ingleses ocasión de darse el gustazo de una verdadera batalla, de una victoria en campo abierto ó, por lo menos, no tan quebrado como el que cierra á orillas del Tugela el paso á Ladysmith. En esta ocasión ha sido el ejército inglés el atacado: sus enemigos fueron hacia él avanzando al descubierto; se podían precisar los disparos de la artillería y hacer maniobrar á las distintas armas; todas las circunstancias del combate eran las apetecidas por los generales ingleses, y, sin embargo, también ahora han sido derrotados con bajas cuya cifra asusta y autoriza á suponer que no se trata de retirada honrosa, como el general French califica su fracaso, sino de huida.

Y téngase presente que los vencedores en esta ocasión son los orangistas, auxiliares de los boërs é inferiores á éstos en aptitud para el combate, que si los propios boërs, hijos esforzados de las primeras tribus colonizadoras, hubiesen sido los que acometieran á French, es seguro que la persona de éste habría corrido la misma suerte que la de sus soldados.

Ahora queda al general británico una justificación: la de haber sido sorprendido por fuerzas considerables. Esto puede creérsele y aun disculparle; pero no borra el concepto que ya tiene formada toda Europa del ejército inglés, que, según resulta de los informes oficiales, siempre es sorprendido, nunca encuentra al enemigo noblemente dispuesto á combatir cara á cara, sino oculto y á traición, y las retiradas de aquél son siempre convenientes y voluntarias, jamás desastrosas y hechas en medio del pánico de un desastre.

«Los soldados ingleses combaten al descubierto, mientras los boërs les esperan guados tras inexpugnables rocas.» Esto se viene diciendo desde el principio de la campaña. Por eso hoy, que los boërs han tomado lo ofensivo, siendo ellos los agresores, y teniendo, por tanto que abandonar sus trincheras para atacar, cabe preguntar al general French, con objeto de que responda en nombre de sus compañeros Buller, Methuen, etc.—cuando se le borre la impresión que han de causarle sus seis mil bajas:—¿Para cuándo dejan ustedes la admirable instrucción de sus soldados, su poderoso armamento, su valor, la inteligencia de sus oficiales y otros varios factores que no han podido tener todavía el debido lucimiento, porque esos boërs desarrapados nunca presentan la cara?

Por lo demás, las consecuencias de esta derrota son fáciles de apuntar. La más inmediata y precisamente la que la opinión pública ha visto en seguida con el consiguiente espanto, es la destrucción del plan de invasión de Orange, anunciado con la seguridad de un triunfo por lord Roberts.

Una vez inutilizado un factor absolutamente necesario para desarrollar ese plan sobre el terreno, no sabemos qué solución dará al cada vez más enmarañado problema militar en el Africa del Sur, el generalísimo de los ejércitos británicos.

Después de conocerse la derrota de los ingleses, el gobierno británico ha establecido absoluta censura para las noticias que procedan del teatro de operaciones. Esta censura durará tres días, y se establece—según la nota oficial—para que no se conozca en su principio el plan de operaciones que ha empezado á ejecutar el generalísimo de las tropas británicas. Este, con 50,000 hombres y 110 cañones, quiere, después de libertar á Kimberley, invadir el Orange, llegando hasta la capital del Estado libre. Estos son sus planes: ahora bien, ¿le dejarán los soldados republicanos que los ejecuten con la facilidad que haya podido trazarlos sobre el plano en su mesa de despacho?

El tiempo dirá.

De actualidad

LAS INUNDACIONES

Telegrafían de Valladolid que el descenso del río Pisuerga continúa; mas otros telegramas dan cuenta de que el Duero ha experimentado una crecida imponente, causando graves estragos en los pueblos de la provincia.

En Tudela el pánico, con tal motivo, es indescriptible, habiéndose anegado muchos edificios y fábricas.

Se cree que el puente del ferrocarril se encuentra ruinoso.

BUEN PREMIO

El gran premio del Tiro de Pichón de Niza, importante 40,000 francos y una placa de oro conmemorativa del hecho, lo ha alcanzado un sportman español que reside habitualmente en Biarritz.

Los aficionados se muestran muy satisfechos con el triunfo del tirador español, pues á Niza han concurrido los mejores tiradores del mundo.

UNA ENMIENDA

La comisión que ha de dictaminar acerca del proyecto reglamentando el trabajo de las

mujeres y de los niños, no ha aceptado una enmienda al dicho proyecto, en que se pedía se prohiba á las mujeres ejercer el arte del torero, é igualmente á los jóvenes menores de diez y ocho años.

PROYECTOS DE DATO

Para completar las reformas sociales ideadas por el Ministro de la Gobernación, éste prepara los proyectos de jurados mixtos para combatir la mendicidad de los niños.

En el primero se propone evitar las desavenencias entre los patronos y los obreros, y en el otro considerar delito la vagancia. El proyecto se dirige principalmente á proteger á los niños que explotan los falsos mendigos y obligar á las provincias y á los pueblos á sostener á sus pobres.

El Sr. Dato proyecta que en las capitales y pueblos se creen arbitrios especiales sobre artículos de lujo para costear edificios de beneficencia donde se dé acogida á los niños que sufren hoy la explotación dicha.

Hablando de la manera de encontrar una avenencia con las minorías, el ministro de la Gobernación dijo á los periodistas que comenarán las conferencias para buscar la fórmula parlamentaria que ansían los ministeriales.

Estos se muestran muy esperanzados, mas todos guardan absoluta reserva acerca de las bases trazadas para llegar á la transacción.

REFORMA NECESARIA

Se prepara un decreto por el ministro de la Gobernación para la reorganización de la policía.

El decreto lo fundamenta el ministro en la independencia personal y política.

A más se establecerán condiciones para el ingreso, ascensos por antigüedad é inamovilidad para excitar la laboriosidad y honradez de los que forman el nuevo cuerpo.

El grano de trigo

Una turba de chiquillos se entretenían jugando junto á un foso, y uno de ellos reparó de pronto en una cosa que se asemejaba á un grano, pero tan voluminoso que podía confundirse con un huevo de una gallina.

Los muchachos se pusieron á examinar curiosamente el grano, cogiéndolo todos, uno tras otro, hasta que acertó á pasar por allí un hombre que se lo compró, mediante algunos kopekes. El hombre fué á la ciudad y revendió su compra al emperador, como singular hallazgo.

El czar convocó en seguida á los sabios de su imperio para que dictaminasen sobre si el objeto aquel era grano ó era huevo. Provistos de lentes, microscopios y otros utensilios, lo miraron, lo analizaron, pero no supieron decir acerca de su naturaleza nada definitivo.

Entonces se dispuso colocar el grano ó lo que fuese sobre el reborde de una ventana. Las gallinas que andaban picoteando por las cercanías acudieron, diéronle repetidos picotazos y le abrieron, al fin, un agujero.

Era, pues, un grano, fácil de reconocer, pues tenía un pequeño surco en el centro; así lo reconocieron las autoridades de la ciencia, declarando que era de trigo. El emperador llenóse de asombro y ordenó á los técnicos que pusiesen en claro por qué la susodicha semilla había adquirido tan desusadas proporciones y por qué no había ya ninguna otra que se le pareciera.

Los sabios recurrieron en vano á sus libros, sus diccionarios, sus inoctavos. Ninguna luz sacaron de la consulta.

—Señor—dijeron al soberano—diríjnos á los campesinos. Sólo ellos podrán informarnos acerca de este asunto; quizás hayan recibido de sus antepasados noticias útiles para el caso.

Llevaron á presencia del emperador á un labriego viejísimo, desdentado, de larga barba blanca, que caminaba con la ayuda de dos muletas.

Tomó el grano, pero como apenas veía, tuvo que contentarse con palparlo y calcular el peso.

—¿Qué opinas de este grano, abuelo?—le preguntó el emperador.—¿Viste alguno como él en el curso de tu larga vida? ¿Para qué servirá? De esa clase, ¿lo has visto tú sembrar ó recoger?

El viejo, que también estaba casi sordo, no comprendió, y hubo de contestar:

—Nunca he comprado yo grano parecido á ese grano; no lo he visto sembrar semejante. El trigo que yo compraba era muy pequeño. Mi padre podrá tal vez sacarnos de dudas y decirnos cuál es la planta que tal lo ha producido.

El emperador mandó llamar al padre del viejo. Este, que traía una sola muleta, aún conservaba bastante bien la vista, y su barba tenía canas, pero no había emblaquecido del todo. Recibió el grano de manos del czar y lo contempló con fijeza.

—Díme para qué sirve esa semilla, abuelo—le dijo el emperador—y si la has visto plantar

idéntica á la que te presento, ó sabes de otros labradores que idéntica la hayan cosechado en sus tierras.

—No—respondió el anciano—no he visto ni he comprado granos de esa especie, porque en mi época no conocíamos el dinero. Nos alimentábamos del pan de nuestras cosechas, y dábamos el que sobraba á los que no tenían. Ignoro qué grano sea éste. Recuerdo, sin embargo, haberle oído decir á mi padre, que en su tiempo el trigo era más crecido y lucido. Hay que interrogar á mi padre.

Fueron á buscarle. Era erguido y vigoroso, no usaba muletas, tenía unos ojos vivos, una voz clara, su barba empezaba á blanquear apenas. El emperador le mostró el grano, cogiólo y con gran atención empezó á observarlo.

—¿Cuánto tiempo hacía que no veía un producto como el que miro!—Se lo llevó á la boca, lo gustó y continuó diciendo:—Es el mismo, sin duda, es el mismo.

—¿Lo conoces, abuelo?—preguntó el emperador.—¿Dónde se da y en qué estación? ¿La has sembrado y cosechado personalmente?

—Cuando yo era joven no teníamos otro trigo, y con él fabricábamos el pan cotidiano.

—¿Lo comprábais ó lo cosechábais?—volvió á preguntar el emperador.

—En aquellos tiempos—repuso el viejo sonriendo ante la evocación de su edad feliz—nadie cometía el pecado de comprar ni vender el pan. No se sabía lo que era oro, y cada uno tenía tanto pan cuanto había menester.

—¿Dónde estaba tu campo, abuelo, y dónde crecía tal trigo?

—Mi campo, señor, era la tierra que Dios nos ha dado á todos para que la cultívemos. En aquel entonces no pertenecía á nadie, era de la humanidad; cada cual labraba la que necesitaba para su sostenimiento, y mi campo era el suelo que yo cultivaba. No se decía «lo tuyo, lo mío, mi propiedad, la tuya»; recogíamos el fruto de nuestro trabajo y con él nos dábamos por satisfechos.

El emperador agregó:

—Anciano, dime todavía una cosa: ¿por qué el trigo es hoy tan mezquino y era tan medrado antaño? ¿Por qué tu nieto anda con dos muletas, tu hijo con una sola y tú te conservas fresco y fuerte, no obstante tu avanzada edad? Debieras ser el más acabado, y eres el más aguil. Tu mirada es clara, conservas la dentadura completa y vibra tu voz como la de los jóvenes de ahora.

—¿Por qué, abuelo? ¿Lo sabes acaso!

—Sí, lo sé, emperador. Hoy los hombres se gastan con anhelar mucho más de lo que necesitan; están celosos y envidiosos unos de otros. Yo he vivido en el temor y en el respeto de Dios, poseyendo tan solo lo que me pertenecía por mi trabajo, sin ocurrírseme nunca apetecer el bien ajeno.

LEÓN TOLSTOY.

Noticias locales

SOCIEDAD ECONÓMICA

Anoche á las ocho se reunió en junta general la citada sociedad, presidida por el señor García Guerra, actuando de secretario el señor Real. Asistieron gran número de socios.

El acta de la sesión anterior fué aprobada por unanimidad.

En primer término se dió lectura á una extensa carta que desde Madrid dirige el presidente de la Sociedad Económica, señor González Alvarez, y en la que se da cuenta de las gestiones por él seguidas, con objeto de alcanzar del gobierno establezca una diferencia de tributación, por lo menos de 35 pesetas, entre los alcoholes industriales y los vinícolas.

Al efecto, en unión del senador por dicha corporación, don Anselmo Rodríguez Rivas, citó á los demás senadores y diputados que se ocupan preterentemente de dicho asunto.

Reunidos, acordaron nombrar una comisión que, en unión de los referidos señores, conferenciara con el ministro de Hacienda, pidiéndole su protección para el proyecto.

Reférese además el Sr. González Alvarez en la carta á las no menos importantes gestiones que ha realizado para conseguir que se permita en esta provincia el libre cultivo del tabaco, en cuyo asunto solo falta acordar la fórmula de avenencia entre el gobierno y la Compañía Arrendataria de Tabacos.

Por último, el citado Sr. González Alvarez da cuenta del resultado que se ha obtenido en asunto de tan capital interés para Sevilla, como es el del proyecto de las obras de defensa contra las avenidas del río Guadalquivir, para las que se gestiona la consignación en presupuestos de la parte necesaria para emprender aquéllas.

Púsose después en conocimiento de la Sociedad la circular enviada por la Económica de Amigos del País de Almería, el concurso en que serán otorgados premios á los mejores trabajos que se presenten, desarrollando los temas siguientes:

A. ¿Es indispensable para España la existencia de una marina de guerra?
B. Para tenerla, ¿qué medios pueden ponerse en práctica?